

Alfonso X y la Emperatriz de Constantinopla, la primera pérdida de Gibraltar, la codiciada Italia, el mal gobierno de Olivares, los extravíos melancólicos de Fernando VI, la Constitución de Cádiz, Isabelita y Narváez... y cien temas más, hasta la pérdida de los últimos dominios coloniales.

Los autores han amado profundamente a España y fue ese amor el que guió la selección de textos, recomendables a todos los lectores.

Jesús Burillo

EL KORSO, Mohamed y DE EPALZA, Mikel: *Oran et l'ouest algérien au 18ème siècle d'après le rapport Arámburu*, Edition, etude préliminaire, notes et traduction de... Ed. Bibliothèque Nationale, Alger, 1978, 93 págs. —70 págs. (anexos español y árabe)— 1 mapa.

La dominación española sobre una parte del territorio argelino por espacio de tres siglos representa, hasta el momento, una de las parcelas peor conocidas de nuestra historia moderna. Esa circunstancia justifica por sí sola toda aportación sobre el tema, máxime si, como en el caso presente, llega avalada por la solvencia incuestionable de dos conocidos especialistas.

El informe de José de Arámburu, procedente del A.H.N., sección Estado, supera a cuantos se han publicado hasta ahora. Incluso el famoso informe Vallejo, que causó sensación en su tiempo al preconizar —por vez primera en la historia de nuestra proyección africana— tesis abandonistas contrapuestas a sentimientos e intereses considerados entonces incommovibles.

Excepcionalmente en fuentes de este tipo, la publicada por Epalza y El Korsó, lejos de ser una descripción más del presidio de Orán y su antepuerto de Mazalquivir, centra su interés en la extensa región comprendida entre el Chelif y el Muluya, el Mediterráneo y el Sáhara. En una palabra, toda la Argelia occidental, territorio que en un plano teórico configuraba el «hinterland» de ambos enclaves.

Un equívoco afortunado posibilitó el cambio de enfoque a la hora de re-

dactar el texto. En 1741 el gobernador oranés recibió instrucciones para «tasar» los intereses españoles —reales y potenciales— en la región. Arámburu entendió que el Gobierno español proyectaba extender su influencia a una vasta zona. A tal fin procedería a describirla con todo lujo de detalles. Para ello exhumó la documentación disponible, puesta al día y enriquecida con nutrida información de primera mano.

El informe resultante, elaborado de acuerdo con coordenadas de modernidad sorprendente, ofrece hoy el más elevado interés histórico y sociológico. Su primera parte se inicia con una introducción justificativa y el análisis de las fuentes utilizadas. A continuación se hace una exposición de la historia de Orán a partir de la ocupación por Cisneros. Seguidamente se pasa a delimitar la zona de influencia oranesa que, en líneas generales, se hace coincidir con el antiguo reino de Tremecén. Todo el flanco occidental de Argelia. Aunque esta primera parte no pasa de resumen, por cierto muy logrado, de hechos históricos conocidos, resulta imprescindible para la comprensión de los supuestos de orden jurídico-político que inspiran y «justifican» —valga la expresión— la presencia española en el territorio.

La segunda parte del informe ofrece

un interés muy superior. Se trata de una espléndida descripción del oeste argelino a mediados del siglo XVIII. Comarca tras comarca, desfilan ante nosotros, en apretado retablo, una multiplicidad de paisajes, tribus, pueblos, ciudades y aldeas, con expresión de sus géneros de vida, modos de producción, cuantificación y mentalidades. Estas páginas justifican por sí solas la publicación de tan singular fuente y explican el éxito inmediato que el libro ha merecido.

Parte sustantiva del mismo —y no mero anexo— es un magnífico mapa de la región, obra sin duda de don Antonio de Gaver, uno de los grandes ingenieros españoles del XVIII que trabajaron en Orán. Aparece publicado en su totalidad y por secciones provistas de notas aclaratorias. Del impacto suscitado en Argelia por el mapa, auténtico alarde de la ciencia cartográfica del momento, diré tan sólo que el más alto ente cultural argelino ha encomendado al profesor Epalza y al au-

tor de esta reseña la localización, estudio y publicación de cuantos mapas y planos inéditos sobre la Argelia anterior al XIX se hallan dispersos por los archivos españoles. En total cerca de medio millar que, en fecha próxima, aparecerán en los diferentes volúmenes que componen un «Corpus cartographique espagnol de l'Algérie».

El informe Arámburu, en edición bilingüe española y francesa, va precedido de minucioso y bien documentado estudio preliminar, que evidencia en sus autores un conocimiento profundo del Orán hispánico. Hecho, por lo demás, nada sorprendente para quienes venimos siguiendo de cerca la singladura investigadora de Epalza, pródiga en excelentes monografías, publicadas en francés, español y árabe, sobre la Argelia sietecentista.

Varios índices, onomástico, topográfico y analítico, cierran tan sugestiva obra.

Juan Bta. Vilar

DUFF, David: *Eugenia de Montijo y Napoleón III*. Ed. Rialp. 1981, 392 págs.

El que llegaría a ser Napoleón III, como es sabido, era sobrino del gran Napoleón I. Antes de cumplir los seis años se derrumba el Imperio de su tío y tras una vida azorosa en la que cuentan cinco años encarcelado en una fortaleza francesa, gana las elecciones para diputado en varios departamentos para la Asamblea Constituyente, a la caída del Rey Luis Felipe de Orleans y es elegido luego Presidente de la República por aplastante mayoría. Luis Felipe había fomentado la leyenda napoleónica.

Poco después del acceso a la Presidencia, el banquero Rothschild le presenta a la que sería su esposa, la bellísima española Eugenia de Montijo, granadina de madre escocesa; su padre

era el conde de Teba, segundo hijo del conde de Montijo, cuyo título hereda al morir su hermano. La familia de Eugenia, huyendo del cólera y de la guerra civil, se había establecido en París, trabando amistad con los novelistas Mérimée y Stendhal. Paca, hermana de Eugenia, se casa con el duque de Alba y Berwick. No cuajan los primeros enamoramientos de Eugenia.

El Presidente Napoleón, que era muy popular, da un rapidísimo golpe en 1851 ayudado por el Ejército. Días después un plebiscito confirma su período de diez años como Presidente, por siete millones y medio de votos a favor y unos 650.000 negativos. Se decide por Eugenia.

También mediante plebiscito (casi 8